

de las democracias de Europa y América Latina, y ponerse en práctica mucho antes de llegar a un armisticio. Probablemente los países de habla inglesa del mundo tendrán que tomar la delantera en planear la prosperidad del mundo para la generación venidera. Dichos países deben, pues, empezar desde ahora a demostrar con los hechos que están interesados en ganar la paz tanto como la guerra. Si la compra de materias primas a largo plazo se prolongara por seis meses, se tendría mucho ya arreglado para cuando la conferencia de la paz. Es uno de los modos como podemos reforzar la moral para la lucha que tenemos ante nosotros. Es uno de los modos como podemos edificar un vigoroso futuro económico, suficientemente fuerte como para luchar por él.

4

Derrumbar a Hitler es sólo la mitad de la batalla. Tenemos que edificar un mundo en el cual nuestros recursos materiales y humanos se utilicen al máximo, si queremos obtener una victoria completa. Este principio debe de ser fundamental al prepararse el mundo para reorganizar sus negocios. Hay que encontrar medios por los cuales la abundancia potencial del mundo pueda convertirse en riqueza efectiva y en un más alto nivel de vida. Tienen que fijarse ciertos niveles mínimos de alimentación, vestido y vivienda, y tomar medidas que garanticen que nadie vivirá a un nivel más bajo del previamente fijado.

En este país ya hemos comenzado a marchar en tal dirección. A través del plan de bonos de alimentos, plan de bonos de algodón, y el programa de almuerzo escolar, el rebajamiento del coste de la leche y el programa de confección casera de colchones, se está consiguiendo que la abundancia de las haciendas tenga real empleo, en vez de desperdiciarse. Similares planes, en mayor o menor grado, se están poniendo en práctica en algunos países sudamericanos, singularmente en la Argentina, Brasil, Chile y Uruguay. En Inglaterra, el gobierno está subvencionando el consumo de ciertos alimentos para asegurarse de que la población está suficientemente nutrida durante el tiempo de carestía, y mantener los precios lo más ajustados posible a su nivel de antes de la guerra. Entre los alimentos subvencionados están la harina, el pan, la carne, el té, el jugo de naranja y la harina de avena.

¿No es ya tiempo de reconocer que un nivel mínimo de nutrición es tan indispensable para el niño como lo es un mínimo de educación? ¿Acaso no es igualmente importante que los niños tengan cuerpos saludables y ágiles, tanto como que sus mentes se encuentren bien preparadas? ¿Si podemos garantizar 100 dólares anuales para educar a un niño, no podemos acaso, garantizar también unos 15 o 20 dólares al año para que ese niño mantenga su capacidad física para el estudio?

Si lo anterior lo reconocen todos, hay que abrir nuevos mercados para la producción mundial. Quizás varios países puedan aún hacer más de lo que ahora hacen para reforzar sus programas de distribución, basados principalmente en sus propios productos domésticos. En ciertos aspectos, esto podría ser suplementado con productos del exterior. Por ejemplo, nosotros podemos cambiar nuestros cerdos, manteca y harina por frutas tropicales sudamericanas y por coca. Con respecto al balance de excedentes, el coste de tal programa sería menor que las pérdidas financieras provenientes de mercados de materias primas desmoralizados, productores necesitados y consumidores hambrientos.

En el campo de la alimentación, un nivel mínimo significaría que tendrían que produ-

cirse crecientes cantidades de productos lácteos, aves, carne, frutas, y vegetales; lo que significaría reducir la producción de artículos estables tales como el trigo.

Quizás los países superpoblados de Europa puedan reorganizar su agricultura dentro de tales normas. Y esto se traduciría en un más alto nivel de vida para sus propios pueblos, además de que restauraría, en los países productores de donde fuere, la tarea de producir el trigo necesario.

No pretendo decir que yo considero un mecanismo tal como el del plan de los bonos para comida y algodón como la respuesta definitiva a los problemas que tienden a asegurar una economía de abundancia. En las partes del mundo donde prevalecen la democracia y el capitalismo la respuesta permanente se basa en hallar medios de que nuestro sistema de producción e intercambio funcionen con mayor efectividad y consistencia. Lo cual se puede lograr removiendo las barreras comerciales y ensanchando los mercados; estimulando y orientando las inversiones a donde puedan ser productivas; reduciendo, a través de una política fiscal apropiada y de un programa de seguridad social, la desigualdad de los ingresos de modo que se consiga una más alta estable demanda de artículos para consumidores; aplicando una técnica avanzada y una real pericia al desarrollo de las regiones menos desarrolladas; y proporcionando a esa gente llena de grandes necesidades, mejores albergues, escuelas y distracciones.

A la mayoría de la gente no le gusta recibir caridades. Quieren que se les pague por su trabajo. Y serán capaces de ganar su salario, con pocas interrupciones, si los precios, la producción y el poder adquisitivo pueden

mantenerse equilibrados entre sí y si la maquinaria económica funciona sin obstáculos y permanentemente. Este es el reto que confronta a los directores de la industria, la agricultura, los trabajadores y el gobierno. Es un reto a los mayores estadistas de los Estados Unidos y de los otros países. Claro, que hay obstáculos y dificultades. Pero, sólo reconociéndolos debidamente, se les puede vencer. En verdad se está esperando la creación de un "nuevo orden", pero no es el "nuevo orden" de que hablan los Nazis, que encubriría una nueva forma de esclavitud que ellos quisieran imponer, sino un nuevo orden democrático, en que la seguridad, la estabilidad, la eficiencia y una amplia distribución de la abundancia, prevalezcan.

Muchas personas en los Estados Unidos se hallan profundamente perturbadas por las enormes deudas que hace el gobierno y las drásticas alteraciones en la economía de los Estados Unidos que el programa de defensa requiere. Tales personas temen el final de la guerra misma, porque creen que el retorno a la paz va a traer consigo una nueva depresión como la del 1929. Pero, uno de los signos optimistas para el futuro es el hecho indiscutible de que todos se dan cuenta de que tal depresión es posible; lo cual aumenta la posibilidad de que se tomen las medidas para impedirlo a tiempo, o para atenuar el golpe. Y es mejor construir ahora las bases de tales medidas preventivas mientras la guerra se desarrolla; tales medidas deben de incluir, planes para extender y regularizar el comercio mundial, la producción mundial y el consumo mundial, al menos en parte.

Esta es la nueva frontera que, a mediados del siglo XX, está invitando a los americanos

## Proyectando la paz futura

(De *El Tiempo*. Bogotá, 1-IV-42).

Parece ilógico hablar desde ahora sobre la paz futura. Más cuerdo encuentran algunos no mencionar el hecho, y concretarse a la guerra. Sin embargo, talvez lo único que realmente vigorizaría la acción de las naciones unidas sería la discusión o planeamiento de algunas bases sobre la paz por venir. Tanto es así, que Mr. Henry A. Wallace, vicepresidente de la República de los Estados Unidos, acaba de publicar un significativo artículo en *The Atlantic Monthly*, diciendo precisamente esto: que es un error pensar que aludir a la paz enerva los esfuerzos de la guerra.

Se comprende la posición de Mr. Wallace, a la luz de la experiencia del pasado conflicto mundial. Y se comprende, también, que la Carta del Atlántico mencione ya algunos problemas y esboce ciertas promesas, como asidero, cimiento y acicate para la acción de hoy.

Cuando acabó la guerra anterior, dos millones de hombres regresaron a los Estados Unidos, con sus mentes absolutamente cambiadas. Hay quienes dicen que el uso de los coches de tercera clase y de intermedia por la burguesía norteamericana que viaja en ferrocarriles fue un efecto de la crisis del 29, pero parece que anteriormente los que regresaban del frente ya habían perdido la mística del confort, tal como se entendía en 1913. Si luego lo olvidaron, ello depende del boom siguiente a la tragedia.

Además, como acaba de decirlo un informe oficial elaborado por la oficina de John Collier, de Washington, cuando acabó la anterior guerra, volvieron del frente los dos millones de soldados con sus prejuicios sociales alterados. Así por ejemplo, el status de los indios empezó a variar considerablemente, y el de los negros también. En las trincheras habían fraternizado unidas ante el peligro, todas las razas del país. La sangre corrió, de igual color, sobre las llanuras de Bélgica y Francia, en las memorables jornadas del Yser. Ante la metralla y la muerte, todos palidecían: negros, cobrizos y blancos.

No hubo un solo país, ni siquiera los neutrales, que pudiera evadirse a las consecuencias de "la paz". Las tres manifestaciones más agudas de ella—la revolución bolchevique rusa, la revolución socialdemócrata alemana y la insurrección fascista—afectaron a cada cual. Y no se diga que la segunda no fue una revolución. Sin su ocurrencia, no habría sido posible ni que el doctor Ebert fuera presidente de Alemania, ni que un modestísimo "caporal", nacido fuera de Alemania, llegara a ser jefe del Estado: Hitler.

Aquella experiencia no ha sido perdida. Se sabe perfectamente que la guerra no es sólo un asunto de cambiar tiros y de imponer condiciones. Sino que, además,